



SUPLEMENTO

estadio

M.R.

EN SUS BODAS DE PLATA



1941-1966

25

AÑOS
DE
DEPORTES



40, MIS RECUERDOS, MIS EMOCIONES...



ANTONINO VERA (Aver-Guante)

los horizontes; cuando uno puede viajar, meterse en la complejidad de las más diferentes personalidades, hurgar en el pensamiento y en el alma de la gente, no pasa superficial ni frivolamente por la vida. Yo podría decirle muchas cosas, como aquella confesión de Miguel Ángel Montuori, tan humilde, tan serena, tan sin complejos: "Yo me puse zapatos por primera vez para venir a Chile". ¿Qué riqueza de matices en la declaración espontánea que me permitió conocer la grandeza interior de un muchacho bueno y que llegó a ser feliz! Como aquella otra, de Ramón Sandoval: "Mis padres me hicieron campeón privándose hasta de cosas esenciales para que yo me alimentara mejor".

En mis veintitantos años de periodista deportivo conocí todas las pequeñeces y las grandezas del ser humano. Desde la humildad de Montuori a la soberbia de alguno; desde la bondad de Miguel Safatle ("Corazón de Madre" le llamaban), de Godfrey Stevens, de Tito Fouilloux, del contradictorio Leonel Sánchez, del malogrado Salomón Orellana, hasta el egoísmo de algunos cuantos, que de todo hay en la vida del Señor...

No sólo ha sido el goce íntimo del espectáculo en el estadio repleto, sobre el cuadrilátero iluminado del ring, en el alegre jardín de saltos, en el parquet reluciente como espejo, en la explosión de una partida de cien metros o en el esfuerzo doloroso del maratón desfalliente. Detrás de todo eso hay siempre mucho más.

Me ha conmovido por igual la proeza que hizo estallar el aplauso o la caída dramática que empañó los ojos, y el esfuerzo inútil, aparentemente sin sentido, del que quedó ignorado en la oscuridad de los mediocreos; como el último que llega a la meta en unos 10 mil metros cuando ya el vencedor subió a la tarima y hasta se fue del estadio, o el que solo, tremendamente solo, empieza a atacar la cuesta en las carreras ciclistas cuando ya el pelotón llegó al plano por el otro lado.

Como noche de pena íntima, aquella cuando Sandy Saddler, a la sazón campeón del mundo, destrozó a nuestro frágil Mario Salinas, "el Maestro". Había allí más que una derrota, incluso más que la destrucción de un boxeador al que todos le tuvimos simpatía, al que todos queríamos por sus condiciones humanas.

Un viejo habitué del boxeo decía que era este deporte el de matices más ricos, más variados y más profundos. Henderman era un aficionado de María Elena o de por ahí; en un campeonato nacional apenas lo tocaron se fue a la lona y sentado, mirándose los guantes, sin cinismo ni desilusión, esperó tranquilamente el término de la cuenta. Pifias, protestas, insultos. ¿Qué había pasado?... El pobre muchacho se había quedado solo; sus compañeros derrotados habían vuelto a casa y a él le oprimió la soledad; y en su mente limitada de hombre del pueblo sólo pensó en volver a sus arenales. "Me ahogaba, señor, entre tanta gente y sintiéndome tan solo", me explicó con la cabeza baja mientras iba soltando las vendas de sus puños... Una pincelada, de tantas.

También pienso que las más fuertes emociones se viven a la orilla del ring. Hay una belleza salvaje, si ustedes quieren, en la lucha de dos hombres sobre la lona, rememoración de los gladiadores sobre la arena. Aún hoy nos conmueve el recuerdo de aquel combate cuyo comentario titulé ESTADIO: "Sólo para varones"; fue el que sostuvieron Sergio Salvia y Andrés Osorio por el título nacional de los livianos, hace unos cinco o seis años.

El cronista llega al espectáculo imbuido de toda su responsabilidad de ser objetivo, frío, sereno, pero a veces la condición humana es más fuerte que el hábito y el oficio. Y confieso, sin pudor alguno, pasajes en que fui

UN viejo maestro, que en su benevolencia esperaba de mí que fuese un brillante abogado, me ha preguntado con cierto aire de decepción: —¿Y qué has encontrado en el periodismo?...
¿Qué difícil respuesta! ¿Qué difícil decirle al amable profesor de mis años mozos que en esta ruta he vivido la vida más profundamente! Porque a él le parecería una paradoja que pueda decir eso el periodista de un ramo frívolo y banal como debe parecerle el deporte...

Pero es así, viejo y querido maestro. Se me ensancharon

más hombre que crítico. Si, esos 1.500 metros del decatón de Recordón, en el Sudamericano de 1946, sacudieron los espíritus más apáticos. También me sorprendió sumándome al coro impresionante: "¡Recordón! ¡Recordón! ¡Recordón!", pero al borde de la pista fue Ramón Sandoval el que caló más profundo en mi sensibilidad. Entre las más hondas y puras emociones que me brindó el deporte, perduran esos 200 y esos 1.500 metros del Sudamericano de 1956, y los Iberoamericanos de 1960, en los que el gran atleta chileno brindó el espectáculo incomparable de su elasticidad, vigor y prestancia, llevándolo a los records.

Yo creo que aquel gol de Eladio Rojas a Soskic no pudo ya remecerme, no obstante su trascendental importancia, porque había quedado inmunizado aquel atardecer cuando en las calles de Santiago se cantaba el triunfo sobre Unión Soviética, en Arica.

Me había propuesto extraer dos o tres recuerdos, dos o tres impresiones y nada más, pero las imágenes se agolpan y uno se deja arrastrar por la tentación de dejarlas correr a su antojo. A veces, las cosas más sencillas son las que se graban mejor. Un gesto, un momento fugaz. El cronista le debe muchas de estas pinceladas al deporte. Una tarde, ya cuando caía la noche, fui "a la Quinta". Entre senderos y jardines entrenaba Ricardo Vidal; lo acompañaban sus pequeños hijos, y su esposa, con la guagua en los brazos, le tomaba el tiempo... ¿Y cuántas veces no detuve a hacerles un cariño a los alegres pequeñeces de la incomparable Eliana Gaete, que muy serios y compuestos esperaban que mamá finalizara su práctica diaria en el Estadio Nacional?...
No sólo nombres y acontecimientos fueron dando expresión a aquel "siempre hay algo que se nos queda de tanto y tanto que nos va". Un atardecer en Solana del Mar, allá cerca de Punta del Este; una tempestad en la Isla de Paquetá, al otro lado de la bahía de Guanabara; una puesta de sol en Ancón; la estación Victoria a las cinco de la tarde; la visión del Patio de los Leones de la Alhambra; el encuentro con la Capilla Sixtina; París al atardecer visto desde la Torre Eiffel; la sensación de que Moisés va a hablar desde el mármol; horas que parecieron minutos con Goya y Velázquez, con Van Gogh y Gauguin, con Rafael y Leonardo, con Manet y Renoir; amigos que fui haciendo a lo ancho del mundo, se mezclan con el gol de Pelé, con el salto de "Gitano" con el partido de Livingstone, con una ovación o una rechifla que me quedó haciendo eco en los oídos hasta ahora.

Y fatalmente comprendo que veintitantos años de periodismo deportivo no pueden caber en un solo recuerdo.

CONFIESO ser un hombre anecdótico.
Me ocurren hechos curiosos, que suelo adobar con cierta imaginación porque no en vano mi padre era andaluz.

Allá por el año 57 estuve cuarenta días en Lima con ocasión de aquel Sudamericano de tan ingrato recuerdo para nuestro fútbol. Lios, derrotas, asperezas, sanciones, incidencias. Escribí en las páginas de un diario peruano y una mañana fui al Banco a cobrar mi cheque... En Lima hace calor y es usual la camiseta de sport y el pantalón del-



JULIO MARTINEZ (Jumar)

gado. No llevaba carnet y surgió un pequeño inconveniente:

—¿No tiene su carnet, señor?...
—No, no lo tengo. Lo dejé en el hotel. Corro a buscarlo y vuelvo...

—No tiene para qué, amigo. ¿No es usted JUMAR, el que escribe en el ESTADIO de Chile?

—Sí, señor, el mismo...
(Me pagó el cheque en el acto... nos pusimos a conversar de fútbol... y se armó una cola inmensa que terminó en muy justas protestas...)

Una de las cosas que más me ha impresionado desde que escribo en estas páginas es el prestigio de ellas en el exterior. Basta la credencial de ESTADIO para que el interlocutor levante la vista con algo de respeto y evidente consideración. Prestigio ganado a través de veinticinco años de una sola línea, de seriedad y rectitud en juicios y opiniones, de insobornable temperamento para afrontar el cántico vibrante y la derrota amarga. En eso, ESTADIO tiene un sello que enorgullece a su familia. Es su escudo de armas. Y aunque de esos veinticinco años por lo menos nueve los vi-

40, MIS RECUERDOS, MIS EMOCIONES...

vi como simple lector, siento en esta hora de evocaciones y recuerdos la satisfacción íntima y espontánea de haber aportado algo. Eso en lo profesional. En lo otro, el halago de haber sentido de cerca ese respeto y esa consideración en un batallar entre compañeros que han pasado a ser amigos.

Escribiendo para ESTADIO vi a Marlene Ahrens en un atardecer de Melbourne.

28 de noviembre de 1956. Un millar de periodistas en la lejana tribuna y tres pruebas simultáneas en el batallar olímpico. Día gris, nubarrones amenazantes —Australia como dominio heredó el clima de Inglaterra— y una jabalina que surca el espacio para clavarse entre las primeras. ¿Será posible? Me pareció que era la nuestra... la de Marlene... sí, la banderita chilena se clava en la pista entre dos soviéticas. Pido unos prismáticos a un colega alemán y la duda desaparece. En el quinto lanzamiento, la rubia del Manquehue ha quedado segunda... Falta una rueda y pienso en la eterna fatalidad chilena, pero no, Marlene está por sobre eso y mucho más. Mantiene el segundo puesto y se lleva una medalla de plata que se agrega a la de Plaza, Cristi y Tapia. Falta sin embargo la ovación de Nuñoa, mucha gente ya se ha retirado y aplaudo solo desde muy arriba cuando la veo subir a la tarima.

Después lo otro. El encuentro en la Villa, el abrazo de todos, una torta improvisada que llega a la mesa y a una mano aún temblorosa que la parte en trozos como si estuviese en casa... Nada de lágrimas. Una sonrisa tierna y una carcajada alegre. Como es Marlene.

Hablo de Melbourne y me acuerdo de ESTADIO.

Me tocó trabajar duro y por si fuera poco... a los boxeadores se les ocurrió ganar. El día olímpico empieza temprano y llega un momento en que los párpados ceden. No hay siesta, no hay descanso, nada. Tensión nerviosa, apuntes, apellidos extraños, marcas, programas, folletos. Y en la noche al boxeo. Chile mandó tres mosqueteros y volvieron con tres medallas. De bronce para Lucas y Barrientos. De plata para Ramón Tapia. Ahora que han pasado los años, no olvido sin embargo el mal fallo que privó a Barrientos del título, porque el valdiviano debió ser campeón. Y no olvido que escalando posiciones le ganó una noche a un brasileño que pintaba para bueno. Se llamaba Eder Jorjé...

Uno llegó a ser campeón mundial. Tomó el boxeo en serio, se propuso llegar y llegó.

El otro siguió con sus amigos y envuelto en muchas noches de alegre bohemia. Campeones hay pocos. Los bohemios abundan. Y el boxeo chileno agregó a su lista otro más que pudo ser y no fue.

1960. La Selección chilena va a Europa por vez primera. Fernando Riera está empujado en una incursión fuerte por el Viejo Mundo como parte fundamental de su trabajo para el 62. Hay críticas, buenos deseos y también frases agoreras.

Soy el Enviado Especial de ESTADIO para esa gira.

Viaje largo, emburujante, con el acicate grande que significa conocer Europa. Casi dos meses con los ojos muy abiertos. Casi dos meses que nunca terminaré de agradecer. París... Francfort... Stuttgart... Dublin... Basilea... Bruselas... Milán... Roma... Madrid. Por un lado el fútbol, por otro el viaje, lo nuevo, lo desconocido, lo que graba en la mente como arcilla blanda. Recuerdo el debut en Parc-de-Prince en una noche fría, inhóspita, con seis goles imborrables en las redes de Coloma. Silencio en el camarín, silencio en el bus, silencio en el hotel. Esa noche hasta llegué a pensar que París era feo...

Al día siguiente el otoño francés nos regaló una mañana soleada. Y el mundo cambió en veinticuatro horas, porque también el fútbol es una moneda de dos caras. Nos esperaba París, luego Alemania. ¿Por qué desmayar? La meta era el 62. Y a la postre se cumplió...

He vuelto dos veces a Europa. Pero nunca senti el pulso tan alterado como aquel día del 60 en que me designaron Enviado Especial de ESTADIO para la gira del Seleccionado chileno. Casi diría que es el anuncio que más me ha conmovido desde que pertenezco a esta familia periodística. Un anuncio que eclipsa otras emociones y relega el trajín cotidiano al desván de la rutina. Santa Laura, el Nacional, las jornadas solitarias de Nataniel, los viajes a Viña y La Serena, el estruendo del K.O. en el Caupolicán son cosas que uno las vive con demasiada regularidad. Tal vez por eso, cuando pienso en ESTADIO no puedo impedir que se agolpen otros recuerdos y otras emociones. Cuando hablo de ESTADIO me siento un poco en viaje, junto al avión o timbrando el pasaporte. Cuando compruebo que llevo dieciséis años en ESTADIO, más que las misiones caseras avalúo las vividas en cielos extraños y horizontes lejanos. Acaso porque fue en Maracanã, con el sol abrasante de aquel Mundial del 50, cuando don Alejo me dijo una tarde si deseaba ingresar a su revista.

—¿Trabajar en ESTADIO? Encantado.

—En Chile hablamos.

—Como no, allá conversamos.

Hasta el día de hoy.

E

N el curso del mes de septiembre último me vi sorprendido con una distinción que, esencialmente, no merecía: en la comida en que se celebraban los 25 años de vida de ESTADIO, se me otorgó una medalla conmemorativa de mis 20 años de colaboración. Mentalmente fui sacando la cuenta y conforme a mis cálculos estaba lejos de merecerla, porque físicamente mi presencia en la revista resultaba menor. Sin embargo, se tuvo el buen gusto de aplicarme algo así "como la continuidad en la previsión", del



ALBERTO BUCCICARDI (Brabante-Albudi)

momento que si hubo por ahí algunos baches en mi participación directa, como el hijo pródigo siempre había vuelto a mi "asociación de origen": ESTADIO.

Poseo, pues, jurídicamente, una buena antigüedad como para tener derecho a dar una opinión sobre lo que ha pasado en Chile en este último tiempo, y que es mucho. Verdaderas ráfagas de historia que nos han estremecido, golpes de escena que han quedado indelebles en el recuerdo y que no se olvidarán jamás, porque en muchos casos han constituido eso que alguien llamó "momentos estelares de la humanidad". ¿Por qué no?

Y resulta curioso que la mayoría de esos acontecimientos haya que asociarlos a instantes en que nos sentimos sobrecogidos, angustiados, que vivimos en un suspenso hasta dramático, que tal vez nos impidió articular palabra por un instante. Esa vuelta del "Sapo" Livingstone por allá por el verano del 44 en el Estadio Nacional, cuando luego de salir por uno de los túneles, enfrentaba el equipo la puerta de la maratón y de pronto la totalidad de los jugadores argentinos se detuvo, quedando el "Sapo" solo al frente, titubeando, indeciso. Ellos, se ve que calculadamente, habían querido aislarlo para que la gente lo ubicara y pudieran centralizarse los aplausos de ese público que había "vivido" un año entero la competencia argentina, dándole una importancia que para nosotros no había tenido ni tuvo jamás. Resultó impresionante el ver a sus compañeros de equipo hacerle gestos, animándolo para que prosiguiera su trote. Timidamente primero y decididamente enseguida, prosiguió el "Sapo" su vuelta en medio de una de las más estremecedoras ovaciones que se hayan registrado nunca en el Estadio. Con un detalle que hizo aún más notoria la popularidad y simpatía que Livingstone se había sabido ganar en Buenos Aires y en Racing. Que en tanto el "Sapo" giraba la curva norte, los jugadores de Racing atravesaron la cancha a través de la línea central, y esperaron el paso de su arquero apostados al frente de la tribuna principal, aplaudiendo como el público. ¡Impresionante!

Otro tanto ocurrió en esa otra ovación exigida esta vez por el propio público, al término de ese encuentro con Yugoslavia, por el tercer puesto en el Mundial del 62. Habían sido 25 minutos en que el "Riera, Riera!" atronaba los aires, cuando salió por fin por la boca norte. Hay por ahí fotos que captaron el intenso momento que tiene que haber vivido el entonces entrenador de la Selección chilena, porque se trataba del testimonio de toda esa enorme multitud agradecida de haber vivido un torneo sin par en la historia del fútbol chileno.

Fue ese, sin duda alguna, el instante más importante de nuestro fútbol, cuando alcanzó mayor altura, una que con toda seguridad no volverá a repetirse jamás, salvo que alguien consiga el milagro de que vuelvan a repetirse las escenas que el mundo contempló desde el 31 de mayo al 15 de junio de 1962.

Tres años más tarde se produjo la antítesis, el reverso. Si la ovación a Fernando Riera puede considerarse como el cenit del fútbol chileno, esos últimos cinco minutos del partido Ecuador-Chile en Lima, el 12 de octubre de 1965 en el Estadio Nacional de Lima, fueron los cinco minutos más largos y angustiosos que vivieron esos quince mil chilenos que se dejaron caer a la capital del Perú.

Perder ese encuentro contra los ecuatorianos pudo constituir un ciclo, clavar un hito, dar fin a un capítulo o más de la historia del fútbol nacional. Habría significado, entre otras cosas, que Ecuador vendría una semana después a Santiago simplemente a dar la vuelta olímpica, porque con el triunfo de Lima quedaba clasificado para el Mundial de Inglaterra, que se haría en 1966. Y para Chile, la eliminación de asistir a esa competencia podría haberse traducido

40, MIS RECUERDOS, MIS EMOCIONES...

en algo muy semejante a lo que aún hoy día ocurre en el fútbol peruano, al ser eliminado por Colombia de asistir al Mundial de Chile años antes.

La cuenta dos a dos e intensa presión ecuatoriana. Un centro de la derecha que sobró a Astorga e impetuosa entrada del entrea Boloños. Desde nuestra ubicación alta en el hermoso estadio limeño, esa trayectoria del balón que sobraría a toda la defensa chilena nos paralizó, porque esa saeta que cruzaba el área chilena era la estocada que sepultaría al fútbol chileno quien sabe por cuantos años. De arriba vimos lo que la defensa nuestra no vio. Vimos a Boloños que entraba por la izquierda como una pantera que se aprestaba a dar el zarzapero en la oscuridad. Y esa tarde, como en toda la eliminatoria de Chile, contra Colombia primero y contra Ecuador enseguida, todo era noche para el fútbol chileno.

Boloños empalmó el centro de volea. Astorga y el resto de la defensa aún no giraban. El arco estaba abierto. ¿Cómo hizo Boloños para errar el tiro?

De haber acertado, aún estaríamos explicando cosas. Cosas inexplicables, verdaderas paradojas que nos mantenían todavía confundidos, como confundido fue el fútbol que se jugó de ahí en adelante.

Dos recuerdos que constituyeron en breve lapso una especie de blanco y negro en una actividad que me apasionó siempre, casi con exclusividad. Para mí el fútbol ha sido todo o casi todo en mi vida, por lo que periodísticamente he sido criticado muchas veces, porque al periodista se le exige una multiplicidad de conocimientos que no poseo. Sin embargo, hubo por ahí una etapa de mi vida en que me interesó el atletismo, pero en esta hora de confesiones, que si se repiten en ESTADIO cada 25 años, no creo estaré para hacerlas en sus bodas de oro, quiero decir que ese campeonato de atletismo que seguí avidamente por allá por el 46, lo seguí más bien porque me interesaba una atleta que allí participaba y con la que finalmente me casé; pero aun con aquella preocupación quedó demostrado que no sería en otras especialidades que yo haría largo trecho. Por eso es que he seguido sólo con el fútbol.



CHARLES BOWN (Caracol)

LO QUE voy a escribir va enderezado a recordar algo, de las muchas cosas que a través de los últimos cinco lustros, llegaron más hondo en mis sentidos. Memorias que al revivirlas no hago más que prolongar como una necesidad del espíritu.

No se trata entonces de vivir un momento de exacerbación o exasperación. Muy al contrario. En esta charla con el recuerdo todo es placentero. Corazón y mente marchan debatiéndose en hermanable lucha por gustar —cual más,

cual menos— de los muchos gratos episodios ocurridos y de los muchos nombres que hicieron historia ahogados por un no sé qué de diáfano y dorado. En el recuerdo, donde se mancomunan el silencio, la calma, la emoción, el gozo, no existe la inmovilidad. Por eso, ¡oh milagros de la memoria! uno puede transportar los hechos y las figuras de antaño a hogano con la celeridad del sonido.

Empiezo a escarmenar, pues, entre las cenizas, donde hubo fuego, de este pasado cuarto de siglo. De pronto, una nube en la vista, un repicar más marfilante y acelerado en el pecho. Es que he llegado a algo que bien merece el privilegio de prolongar estas gratísimas reminiscencias.

Me detengo.

Estoy sentado como espectador en un estadio de gradas vacilantes y carcomidas, en los albores de estas últimas dos décadas y media. A tiro de piedra "el maestro" Raúl Toro Julio, parsimonioso, distinguido, como el más inglés de los "gentlemen", dictando una de sus impagables clases prácticas de buen fútbol en el aula magna del Estadio de Carabineros. Viste el uniforme del Club Santiago Morning, con el tradicional collar de huincha ancha y negra en forma de "V" que le cae encima de la incipiente barriga. Como siempre, dirigiendo a sus coequipos con su inigualable pericia. Interpretando para un auditorio que lo respetó siempre y lo idealizó más tarde, la placentera y admirable música que sólo le es dable escribir sobre el verde pentagrama, a aquellos dotados de inteligencia y destreza.

¡Todo esto es de un lejano anteaer! Pero todavía me

parece verlo, jugando con todos, como si fueran sus alumnos. Con ese sexto sentido que sólo poseen los elegidos. Controlando el balón a su amáño. Distribuyéndolo como el más sagaz de los estrategas. Abriendo brechas con sus pases cortos de excelente sutileza o con sus envíos largos, rasantes, medidos al centímetro, con una visión panorámica del campo, que más de alguno, atribuyó al patrimonio de un invisible "tercer ojo".

Siempre imperó en mis sentidos —por sobre el otro— el fútbol que conjuga la ciencia, el arte y la destreza. Es decir, el fútbol de Raúl Toro. Y viéndolo jugar sobri las tardes más placenteras que me dispensó el fútbol, como espectador. Y como fueron muchas, por no decir incontables, le estoy agradecido. Fui y sigo siendo un hincha de Toribio. Un hincha que vivió al unísono sus tardes de gloria, sus éxitos internacionales y sus goles magistrales de ingenio puro, con el fervor de un idólatra.

Ha pasado el tiempo inexorable. Todo es hoy diferente. Cada vez se habla menos de los hombres de ayer. En esto, no sólo hay indiferencia. Hay hostilidad. Por eso, esta tarde que se ha propuesto ESTADIO pasar revista a los sucesos ocurridos en sus 25 años de vida, no sólo puede concebirse como cosa grata, sino como una necesidad de justicia, para aquellos que en determinada época se levantaron como un símbolo de toda una generación deportiva. Como es el caso del "maestro soberano" Raúl Toro Julio.

No significa esto, de ningún modo, que sólo haya vibrado con el señorial "Toribio". También respeté y admiré a muchos otros "grandes" que a la sazón daban las últimas puntadas a su carrera. Y sinceramente sentí verdadera pesadumbre cuando uno tras otro fueron alejándose, "Cacho" Ponce, "Cococa" Roa, Ascanio Cortés, Araneda, Avilés, "Cotrotro" Córdova, el "Chorero" Avendaño y más de algún otro "clásico" que se me escapa.

Pero como toda súplica por detener el tiempo resulta vana, me conformé más tarde con las compensaciones. Nacían ya a la vida popular con caracteres de triunfadores inequívocos, Livingstone, Busquets, Hernán Fernández, Klein, Mario Baeza, Voltaire Carvajal, Pancho Las Heras, el Dr. Ibáñez, Cremaschi, "el carreta" Casanova, Panteleón Calvo y Francisco Hormazábal, entre otros, jugando a la vera de algunos ya consagrados que habrían de durar muchos años todavía, Salfate, Pastene, "Camión" Flores, Dominguez y Sorrel, quien hacía verdaderos estropicios en las mallas y levantaba estadios enteros con sus bombazos increíbles, que sólo encontraban réplica en los dinamitos estruendosos y muy católicos del nunca olvidado "Perico" Sáez. Sin dejar de lado, por supuesto, la admiración que siempre sentí por esa expresión ejemplar y tan acabada de pundonor deportivo que se llamó Salvador Nocetti, ni tampoco el bizarro e infatigable jugador técnico y práctico del badminton Gustavo Pizarro, un grande entre los grandes.

Pero vamos a otro momento emotivo vivido con unción. De haberlo bautizado la popularidad con el mote de "araña", "camello", "escorpión", "lechuga", seguramente no habría cuidado mi curiosidad, ni absorbido mi interés, este insigne del balompié. Pero le llamaban "Conejito" y como siempre tuve predilección por los conejos, porque cuando niño los tuve a montones como compañeros de juego, lo fui a ver. Yo de pantalón corto en la galería. El Conejo, de corto también, pero en la cancha de los "Campos de Sport". Venía de Argentina y formaba en un cuadro junto a Lauri, Arrillaga, el muy famoso "Nolo" Ferreyra, entre otros connotados, que no me interesaron. Yo había ido a ver jugar a ese todavía imberbe "Conejito". Y a eso me remití.

Pasaron luego muchos años. Supe que como hincha a la distancia de sus triunfos en su patria y de la fama universal que conquistó luego después en el Viejo Mundo. Hasta que un buen día la noticia que venía de entrenador a la "U". Aún más, se me dijo que a lo mejor las oficiaba también de jugador. Corría el primer lustro de la década del 40 y yo atento a ese debut que se prolongaba. ¿Sería capaz todavía después de tantos años de retiro de volver a hacer noticia como jugador? ¿o tendría que ser yo, que lo admiré tanto en el viejo escenario niñoño, testigo de un "comeback" dramático y cruel? Fui, pues, con cierta reserva no exenta de temor a verlo por segunda vez en mi vida el día que alineó en la escuela universitaria.

Ahi estuve yo de pantalón largo. El, de corto todavía, como un símbolo de perenne juventud. Y al poco de entrar en juego, se fueron disipando mis temores. Agil, oportuno, vivaz, jugando con los muy variados destellos de su técnica con la que había conquistado un mundo, conquistando ahora el hinchismo de un nuevo país. Aplausos. Felicitaciones. Yo no estuve en los abrazos. Pero dudó que alguien —salvo él— haya sentido esa tarde en el estadio con más emoción profunda el feliz acontecimiento. Yo me había forjado a la distancia y sólo por informaciones, un ídolo, y esa tarde lo había visto como quería verlo, a pesar de sus años. ¡Qué lección para aquellos que se dan por viejos antes de tiempo! ¿Verdad, Scopelli?

40, MIS RECUERDOS, MIS EMOCIONES...

A estas alturas caigo en cuenta de que el espacio que dispongo se está apretujando. Las carillas se van llenando y hay tanto por hurgar todavía. Decido entonces detenerme aquí. Cierro es, que no he salido del primer lustro del 40. Es que, mientras más se aleja uno del tiempo, más valor cobran los hechos que perforan más hondo, mente y corazón. Y yo estoy todavía ahí, paladeando una época que todavía no quiero olvidar ni mover de mi memoria, porque la viví en parte como actor y en parte como espectador.

Es una lejana penumbra, es cierto, pero todavía hay ahí una luz encendida.



EDGARDO MARIN (Edmar)

consión, mirar esos rostros sudorosos y esos músculos que se hacían pelotones a cada golpe vigoroso en los pedales para ir subiendo metro a metro. Pero aquello de la bajada fue electrificante. Yo no había visto todavía a un ciclista descolgándose en la cuesta. La visión de Jaime Inda, arqueado sobre la máquina, siguiendo las sinuosidades del camino y regulando la velocidad con el taco en el tubular, porque iba sin freno, es uno de los grandes espectáculos que he presenciado en mis primeros pasos en el mundo maravilloso del deporte.

Si no hubiese sido por ese 12 de octubre, ése sería "mi impacto emocional" más fuerte. Pero en la tarde señalada se entregaron los Córdones a los mejores deportistas. Yo sabía lo que iba a pasar. Sabía que me iba a emocionar cuando nombraran a Godfrey Stevens. A los jóvenes no nos gusta sentirnos débiles ni menos demostrarlo al exterior. Pero no tuve más remedio. Se llamó a la tarima al Mejor Deportista chileno; desde un costado de la presidencial avanzó Stevens y el público se puso de pie, rompiendo en una ovación que me llegó a la médula. Mientras el campeón avanzaba lentamente entre los estandartes, desfilaron en mi mente las imágenes de tantas noches vividas bajo las lámparas del Caupolicán con Godfrey Stevens, serio, pulcro, diestro, inteligente, limpio, valeroso. Lo vi en los camarines y lo oí elogiar o perdonar al adversario, como aquella noche cuando el panameño Brown le rompió las dos cejas a cabezazos. Lo oí pidiéndole disculpas humildemente al público, por no haber podido traer el título sudamericano de los plumas.

Yo sabía que me iba a emocionar y no quería caer en la debilidad, pero no pude evitarla.



CARLOS GUERRERO (Don Pampa)

CUANDO se lleva tan poco camino recorrido, los recuerdos son pocos y los impactos recibidos no se han aconchado todavía como para hacer una selección de ellos. Si yo hubiese entregado estas líneas antes del 12 de octubre, seguramente habría tenido que decir que la impresión más fuerte la recibí una mañana sobre la Cuesta de Barriga, cuando habíamos adelantado a los punteros de la carrera para irnos con ellos en el descenso. Ya me había impresionado fuertemente el esfuerzo de la as-

HE ENCONTRADO ejemplares y colecciones de ESTADIO como consulta en mesas de prensa y de organización. O de deportistas trotamundos en ciudades muy lejanas del camino.

Ni su mismo director, con todo el impulso e idealismo con que inició la cruzada, pensó, seguramente, que alguna vez remontaría un cuarto de siglo de existencia y de progresos, para enorgullecerse del semanario que respalda el deporte de una nación y un continente. Sin falsas modestias estoy convencido de ello.

¡Qué duros los comienzos! De los que bregaron desde los primeros ejemplares sólo quedan el director, Eugenio García y Don Pampa.

MIGUEL ROJAS, alegre animador y "relaciones públicas" de la revista en ciernes, me llamó una tarde de octubre de 1941. Yo era el único periodista de oficio que ingresaba al equipo, y el director me encargó de entrada que escribiera dos asuntos especiales para cada número: la entrevista, estilo biografía íntima, de algún astro de actualidad y algunas glosas con cierto sentido de humor.

Así también nació un seudónimo de color nortino: Don Pampa.

Desde entonces hasta nuestros tiempos, cien, doscientas, quinientas entrevistas y acaso un millar. A toda figura nacional o extranjera: campeones mundiales como Joe Louis y Gene Tunney, en boxeo; el gaucho Manuel Andrada, en polo; Emil Zatopek, en atletismo; Lángara, Zubieta, Moreno, Pedernera, Sekularac, en fútbol; Santana, Piétrangeli y Luis Ayala, en tenis, y tantos otros. Una denominada "Un astro cayó en Chile", la de Kenneth Davidson, notable basquetbolista de Estados Unidos que permaneció más de cinco años en Santiago para levantar nuestro deporte a nivel internacional mayor.

Las entrevistas que más se quieren no son las de las figuras más brillantes, sino de aquellos deportistas de modesto prestigio que sorprenden con su devoción y calidad humana. Que se destacan en su contenido espiritual escondido como perlas en la ostra.

Del número 5 de ESTADIO comenzaron también los parrafillos amenos o gacetas que iban a popularizarse de tal manera que, en las encuestas improvisadas, han determinado ser la página más leída. Vale decir también por la legión de lectores ocasionales que hojean la revista, miran las fotografías y terminan por leer algo: la última página. La más fácil de hacer para el cronista. Corrió por mi cuenta durante quince años consecutivos, hasta pasar después a mis compañeros de siempre: Renato González, "Pancho Alsina" y "Jumar", Julio Martínez. Les hablo de las "Migajas", restos de marraqueta que quedan en el mantel.

ESTABA COLGADO en la pared de la redacción un mapa grande en el cual se iban clavando banderitas del país hasta donde llegaba un enviado especial de ESTADIO. La primera fue en una capital cercana, a dos horas y media de avión. Ahora. Pero hace 24 años constituyó acontecimiento que un periodista acudiera a presenciar un evento deportivo a otro país, y salió Alejandro Scopelli al Sudamericano de Fútbol de 1942, en Montevideo. Actualmente a Montevideo, Buenos Aires, Lima y Río se va a cada rato. Eran otros tiempos, mas el mapa comenzó a cubrirse de banderitas: Inglaterra, Finlandia, Australia, Italia, Japón, México, Estados Unidos, Suiza, Suecia, Alemania, España y Francia, hasta que hubo que descolgar el mapa.

VIAJAR es hermoso y tentador y con el carnet de ESTADIO el cronista ha pisado cuatro continentes. Emociones y recuerdos no podrían caber en estas páginas; son para el libro que nunca se escribirá. A veces, en una mesa amiga y ante un vino charlarlo, comienzan a emerger una tras otra, sin esfuerzos, en una cinta sin fin, las más bellas reminiscencias.

Viajes que no son como la gente cree, de mira turística. Viajes de trajín que no permiten el normal vivir. De agitación febril, de estar de un lado para otro en el estadio, en la máquina de telear, en la persecución de la fotografía y siempre con el imperativo acosador del avión que debe llevar el sobre de la correspondencia. Nadie puede actuar en ritmo tranquilo, siempre a la carrera, a medio comer y medio dormir; cogido por la voragine, se cambia de un automóvil a otro, a fin de llegar a tiempo. Es lo importante. La salsa de la profesión.

Alguna vez se cae en la demanda. Luego del Panamericano de Sao Paulo, dieciocho días olímpicos de América, tras cartón, el enviado pasó al Mundial de Béisquetbol Masculino, en Río de Janeiro. Allí el motor humano le dijo: "Tranquilo, compadre, a descánsar, y tuvo que permanecer un mes y medio en el lecho de una clínica amabilísima de Copacabana. De allí surgió el comentario, de semanas después, titulado "El Mundial de Béisquetbol que no vi".

El periodismo es un viejo amor: "No se olvida ni se deja".

DON PAMPA.